

DESAFÍOS Y PERSPECTIVAS DEL SIGLO XXI

ROBERTO ESCOBAR BUDGE*

Hoy intentamos abrir una puerta hacia un lugar donde aún no hemos estado. Queremos preguntarnos sobre el siglo próximo.

A pesar de que el tiempo fluye continuamente, los seres humanos quisiéramos atraparlo, detenerlo y examinar con calma los acontecimientos, pero ello no es posible y el imperativo de la acción nos envuelve en el propio fluir del tiempo, y del papel de observador nos vemos llevado al papel de actores de la vida.

Por eso, tal vez, ha sido necesario crear ciertas fechas y períodos en consonancia con el fluir de los cuerpos en el cosmo y reconocer cada vuelta al eje de la tierra, como un día que muere y recomienza, y cada vuelta alrededor del sol como un año que también muere y recomienza, y el conjunto de 100 vueltas alrededor del sol como un período que nace, crece, culmina y muere, buscando caracterizar cada siglo para acentuar nuestros deseos y creencias de que la humanidad logre algo diferente en cada uno.

Hoy, viendo aproximarse el fin del siglo xx con sus súbitos cambios y turbulentos acontecimientos, constatamos una vez más el deseo de hacer en el siglo xx un mundo mejor.

Una mejor calidad de vida, una sociedad más justa, una existencia más hermosa.

Al término del siglo xix e inicios del xx las premoniciones no fueron buenas. Se vio que el ciclo de civilización europeo —iniciado hacia el año 900 con el gótico— se había desarrollado creando la época feudal, el renacimiento, la era del modernismo, el romanticismo —como un regreso neogótico al inicio— hasta su final: la Primera Guerra Mundial.

*Licenciado en Filosofía. Profesor Titular de la Universidad de Chile.

El juicio de historiadores, filósofos y sociólogos fue coincidente: aquello que después llamaríamos “Civilización cristiano-occidental” había terminado.

El siglo xx crecía, el final de la supremacía de Europa sobre el mundo abriría el camino para la autonomía del Hemisferio Sur, la que aún no logramos plenamente, y desplegaría un escenario para que viéramos a las culturas orientales ofrecer su antigua magia y su fuerza espiritual, produciendo importantes cambios en Sudamérica y en el mundo.

Casi a mediados del siglo xx se produce la Segunda Guerra Mundial —acontecimiento estremecedor— durante la cual ocurrió algo que haría cambiar a la humanidad. En 1945 EE.UU. arrojó dos bombas atómicas sobre la población civil indefensa de dos ciudades japonesas.

Fue el acto de agresión bélica más grande de la historia y sus efectos morales han repercutido en todos nuestros sistemas sociales, directa o indirectamente.

La tarea del siglo xxi será recuperar muchos de los valores perdidos, para el bien de la humanidad, tanto en el nivel público: nacional e internacional como en el plano individual.

Además del orden moral, la tecnología desarrollada para usos bélicos y empleada en la Segunda Guerra Mundial, fue traspasada al uso civil con enorme impacto en el mundo de la economía y las comunicaciones: energía nuclear, computadores, electrónica, junto a grandes adelantos en medicina, metalurgia, química sintética y transporte.

Los cambios en la organización internacional y en los sistemas culturales reflejan el impacto de éstos, entre los cuales el surgimiento de nuevos conceptos económicos ha sido determinante.

El dinero es hoy una abstracción. No corresponde a un depósito de oro físico o a moneda acuñado con metales del mismo valor nominal.

El dinero es considerado una “idea”, y como toda idea tiene crecimiento ilimitado. En efecto, el dinero de hoy es un valor abstracto que sirve para establecer relativamente el precio de algo, sea un objeto o un servicio, y cuya *esencia* —aquello por lo cual podemos caracterizarlo— es que el dinero es lo único que siempre aumenta por sí solo.

El sistema económico que nos ha dejado el siglo xx condena a la huma-

nidad a desarrollarse, y el bienestar futuro depende de que ese desarrollo sea más rápido que el aumento del dinero.

Esto afecta no sólo a las naciones sino también a los individuos y todos nos vemos envueltos en ordenar nuestros esfuerzos a mantenernos a la par con el crecimiento del dinero.

Es evidente que las tasas de crecimiento desiguales entre naciones e individuos va aumentando las diferencias, y se ha llegado a hablar de detener el desarrollo de los países más ricos para favorecer el equilibrio y la armonía.

Para ello se necesita reformular todo el sistema económico y las metas del desarrollismo, y hasta ahora nadie ha encontrado el sustituto.

Por otra parte, los cambios en el sistema económico han repercutido en las normas de derecho y la aplicación de la justicia, que hasta ahora ha sido inerte para contener el desborde de violencia y agresión que aparece casi como lo característico de este fin de siglo.

Frente a este panorama general con que llegamos al fin del siglo xx, nosotros —los de Sudamérica— tenemos un futuro privilegiado: una naturaleza magnífica, una sociedad homogénea y la libertad para escoger nuestro camino futuro.

En la construcción de ese futuro serán los jóvenes universitarios quienes tendrán la misión de pensarla y llevarla a cabo.

Es sobre esa misión y esa responsabilidad que debo hablar aquí, habiendo elegido tres factores interrelacionados que tienen injerencia en un buen orden social con una mejor calidad de vida. Ellos son: VIDA, JUSTICIA y BELLEZA.

DE LA VIDA

Lo más perfecto que podemos conocer es el estar vivos. La realidad de la existencia es más perfecta que lo imaginado o simplemente deseado, todo aconseja que, previo a tener paz y satisfacción, hay que aceptar, conocer y amar la vida. Amar la vida lo suficiente para protegerla en las demás y en nosotros mismos.

Las amenazas que se ciernen sobre la vida son muchas y no todas con-

trolables por nosotros mismos, pero aquellas que surgen de la imperfección de la sociedad requieren solamente de nuestra voluntad para ser controladas.

El crecimiento de la población es un tema que se relaciona con esto. De tarde en tarde la humanidad se asusta de su propio tamaño, y cuando constatamos que con el crecimiento actual la población mundial sobrepasará los 5.000 millones en el año 2050, y los 9.000 millones al fin del siglo XXI, no sabemos qué pensar.

Podemos imaginar lo que son dos personas o un grupo de 100 o bien un teatro con 500 ó 1.000 personas, o un estadio con varios miles, pero cuánto son 5.000 ó 9.000 millones de personas, es inimaginable. Por lo tanto lo consideramos un peligro y creemos que si hubiese menos personas, habrían menos problemas.

Ya en el siglo XVIII Europa anunciaba que el mundo no podría alimentar a su población; es famosa la polémica de Malthus, al respecto, pero hoy creemos que el alimento proviene de la productividad agrícola y que la tecnología ha permitido considerables avances al respecto.

En Chile, en los últimos 10 años solamente, con igual superficie sembrada, se ha cosechado el doble del trigo, pudiendo satisfacer íntegramente la demanda interna. Resultados similares se registran en otros productos y en la ganadería.

Por esto podemos afirmar que la tarea para los agricultores del siglo XXI es aumentar su productividad y alimentar al mundo. Los universitarios que estudian e investigan en Agronomía, deben llegar a asegurar a los chilenos que pueden engendrar sus hijos con tranquilidad, pues habrá alimento para todos, incluso los ancianos.

En esta forma tal vez podemos poner fin al horror de la eutanasia que, según parece, se practica en forma extensa en Europa, poniendo fin a la vida de los ancianos que están de más. También a la legalización del aborto sólo por decisión de la mujer embarazada y sin que se exija razón alguna.

Si creemos que sobran otros seres humanos entonces hay que pensar que sobramos también nosotros.

¿No es mejor amar la VIDA?

Pero el problema no es tan sencillo.

Además de la muerte que amenaza a los ancianos supuestamente so-

brantes, y a los niños aún no nacidos, se despliegan los peligros de la contaminación resultante del mundo industrial, que ya está llegando a niveles insospechados, y el siglo XXI será escenario de grandes medidas colectivas para limpiar la atmósfera, recuperar el ozono, purificar el agua de ríos, lagos y el océano mismo; será tarea de los ingenieros buscar medios de controlar insectos en forma que esos mismos medios no amenacen la salud de los seres humanos y limpiar la tierra de los desechos de sus predecesores.

Por sobre esto queda el inquietante problema de que dos guerras mundiales destruyeron lo que se llamaba el "Derecho de Guerra", es decir, todas las Convenciones por las cuales se guiaban los países para asegurar que la guerra se llevara a cabo con daños mínimos a la población civil no combatiente y evitar el daño innecesario a los combatientes mismos; todas ellas fueron atropelladas y desconocidas.

¿Quién podría hoy hablar de la necesidad de una declaración formal de hostilidades, de dar aviso antes de bombardear o atacar un lugar con población civil, de abstenerse de usar gases tóxicos o balas explosivas?

Efectivamente, hasta el siglo XX el "Derecho de Guerra" exigía todo eso; pero todos somos testigos de acciones de agresión armada realizadas por sorpresa, sin aviso. El terrorismo y las guerrillas son el resultado del nuevo orden bélico que aprovechó la tecnología para combatir a distancia con los combatientes a salvo y la población civil en la mira.

En el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki murieron varias veces más civiles que todos los combatientes japoneses muertos en acción.

Durante el siglo XXI será necesario encontrar de nuevo los términos para codificar un Derecho de Guerra que permita a los Estados prever y controlar el terrorismo protegiendo eficazmente a la población.

Nada sacamos con haber llegado a conseguir la reproducción humana en un laboratorio, sin participación directa de los progenitores, incluso después de la muerte de uno o ambos, nada avanzamos con estos prodigios, si al mismo tiempo otras tecnologías permiten matar masivamente a distancia, sin peligro para quien lo hace.

Este asunto nos lleva al segundo tema.

DE LA JUSTICIA

Cuando mencionamos la justicia, inmediatamente lo asociamos con el medio para exigir nuestros derechos ante los otros y asegurar nuestra propia conveniencia.

Esto se debe —en parte— al materialismo creciente con que terminamos el siglo xx, pero sobre todo por la expansión de una cultura que confunde la riqueza material con los valores intelectuales: una persona rica es considerada más “inteligente” que una persona que no dedica su vida al dinero. También observamos que en gran medida el sistema democrático de gobierno, que se piensa que es el más justo, se ha ido deteriorando hasta el punto que en algunos países logran llegar al gobierno sólo los que tienen medios económicos para los gastos de una campaña.

En este siglo, los ciudadanos que han sido candidatos y los que han sido presidentes de los Estados Unidos han sido todos ellos personas que controlan importantes fortunas personales o familiares: Wilson, los dos Roosevelt, Kennedy, Johnson, Carter, lo eran; y otros como Eisenhower y Nixon, pertenecían a un medio profesional de sobresaliente éxito e influencia.

No es verdad que en una democracia todos los ciudadanos tienen igual derecho a elegir y ser elegidos.

En realidad debemos aceptar que aún no logramos un sistema político funcional y justo para las naciones de esta era postindustrial.

El crecimiento de la violencia, por una parte, y la lentitud administrativa, por otra, han sido los elementos que han deteriorado los sistemas democráticos de Sudamérica.

A medida que aumenta el nivel de educación y la diversificación profesional de las tareas, van apareciendo más y más grupos de ciudadanos que se asocian para proteger y favorecer sus intereses y la solución ideal de una democracia: un país con dos grandes partidos como EE.UU., o de tres, como el Reino Unido, pasan a ser excepciones en el mundo y soluciones inalcanzables para las repúblicas sudamericanas, cuya tendencia histórica va cada vez más a la atomización política.

Al mismo tiempo, los modelos colectivistas no han logrado mayor éxito, los principios de la propiedad común y la forzosa igualdad lograda sobre el principio de las prohibiciones requiere de todos un grado de renuncia a sus

intereses y su desarrollo personal, que pueda justificarse en la vida contemplativa, pero difícilmente resuelve la vida de personas que valoran y buscan la libertad.

El modelo definitivo para la organización política de los países sudamericanos con debida atención a la justicia social aún no se propone; debemos buscarla como tarea primordial para el futuro, ya que la oscilación entre democracia y socialismo, los viejos modelos del siglo XIX europeo, ha demostrado que ya no satisfacen nuestros anhelos.

Tenemos, por ello, el dilema del siglo XXI, cómo lograr un sistema de gobierno, que en sus tres poderes: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, dé calidad proporcional a *todas* las tendencias que configuren el sistema social y que —repito— tienden a seguir aumentando.

La proposición de que la mayoría se lleva todo y la minoría nada —que es la esencia de la democracia, tal como operó en el siglo XX—, no responde a las aspiraciones de nosotros —los de Sudamérica— sobre todo porque nuestros países no están constituidos por mayorías simples y minorías simples, sino que por numerosas minorías. Por eso mismo los gobiernos fuertemente estatistas de inspiración socialista tampoco logran interpretar a todos, y así se explica que la mayoría de los ciudadanos se abstenga de participar en la vida de los partidos políticos y del curioso prestigio que acompaña a un candidato independiente. Perspectiva que aparece no sólo en Chile sino también en Bolivia, Perú, Ecuador, Brasil, y todos los demás países sudamericanos.

Es menester que los ciudadanos formados en las universidades, y que son los más preparados para asumir el liderazgo de la sociedad, aprovechen las ventajas de haber recibido una educación superior para asumir tareas de servicio público en cualquiera de sus manifestaciones: ya sean políticas, profesionales, religiosas o de beneficencia.

En una sociedad justa, los que reciben más, son los que deben dar más. No sólo el dinero, sino que principalmente en todos los aspectos que afectan la calidad de vida de los demás.

La JUSTICIA es una expresión del Bien trascendental y de ello proviene la virtud de la sociedad; y la sociedad no puede ser más justa que lo justo que sean sus ciudadanos.

Por eso todos y cada uno de nosotros somos responsables de la Justicia

Social. En el ejercicio de exigir los derechos y cumplir los deberes debemos participar *todos*.

La justicia del siglo xx se ha caracterizado por exigir derechos y hasta donde fue posible eludir los deberes.

En general, la justicia ha sido ejercida a través de tribunales a donde acuden los ciudadanos a litigar contra otros, cuando sienten que alguien los perjudica. Hay que "acudir" al tribunal y "solicitar" justicia. Esto no opera automáticamente.

Por eso la JUSTICIA del futuro es también un asunto que nos envuelve a todos. Si todos cumpliéramos íntegramente con nuestros deberes hacia los demás, cada uno recibiría espontáneamente el reconocimiento de sus derechos.

No sirve decir "que empiecen a cumplir los otros conmigo, primero, y luego la haré yo". Esto es algo que sólo se cumple por un sentimiento general y el ejemplo de quienes tienen más responsabilidad en la Justicia, aquellos que han recibido más educación.

Los problemas que confronta la justicia social para el siglo XXI se relacionan con las "desigualdades", la solución a estos problemas no se ve del todo clara, por algo aún no han sido resueltos.

La primera consideración es que los seres humanos no somos iguales, tenemos diferentes características, diferentes gustos, diferentes necesidades, diferentes aspiraciones.

En su modelo de República, Platón, con la voz de la sabiduría, explicó que una sociedad perfecta es la que da a cada uno lo que necesita, ¡lo que *necesita*, no lo que *quiere*! pero ¿cuánto y qué es lo que cada uno *necesita*?

Posteriormente, el Pontífice León XIII en su encíclica "De Rerum Novarum" explicó que es necesario pagar a los trabajadores un "justo salario", ¿cuánto es un salario justo? el Pontífice aclaró diciendo nuevamente como Platón, lo suficiente para cubrir sus necesidades.

El desarrollo de las sociedades en el siglo xx ha perseguido sólo metas económicas. Los pueblos más desarrollados son los que consumen más, y en los cuales el nivel de vida ha alcanzado un grado de salud y bienestar que se refleja en una vida más larga. Todo esto requiere amasar reservas importantes de dinero, para asegurar la estabilidad del sistema.

O sea: desarrollo es igual a consumo, más salud, más longevidad más reservas de dinero.

Con honda preocupación vemos que los países que han alcanzado el mayor desarrollo, piensan que los niños que nazcan vendrían a competir con los ya vivos en el goce del dinero amasado, y por ello es conveniente aceptar medidas como el aborto. Por otra parte el aumento de la longevidad va aumentando una población pasiva de ancianos que deben ser mantenidos con gastos y sacrificios que podrían ser evitados con la muerte anticipada y provocada de los mismos.

Esto no puede ser considerado bajo ningún aspecto como un sistema social justo.

En Chile nos preocupa más el problema de la pobreza y creemos que esto se resuelve simplemente con dinero.

Pero el verdadero problema es uno de participación y de solidaridad.

Nadie quiere ser pobre. "Pobreza" es un término acuñado por algunos para designar a otros en forma despectiva y dejando en claro que el que habla de "pobreza" desea que se entienda que él no es "pobre".

Ya a fines del siglo XIX, Simmel barajaba ideas como éstas, explicando que los "pobres" ubicados y clasificados así eran una concepción utilitaria manejada con algún propósito político. Daba como ejemplo que en el Renacimiento, antes que un Príncipe saliera de su castigo hacía reunir afuera de la puerta a un grupo de limosneros profesionales para que le imploraran clemencia y ayuda, cuando él apareciera. En medio del clamor resultante el Príncipe se volvía a su tesorero que cabalgaba cerca para que le arrojara monedas a los suplicantes de una bolsa previa preparada al objeto. Así el Príncipe era alabado a voces por los limosneros, destacando su generosidad y su compasión. En el fondo, sólo era un acto publicitario.

En nuestro tiempo vemos que los discursos sobre "pobreza" quieren colocar a un grupo de ciudadanos en una suerte de "clase social" que sirve de pretexto para movimientos políticos de denuncia, pero que no ofrecen solución, pues si se acaban los "pobres, no habría de qué quejarse".

El verdadero problema reside en que hay personas "desvalidas" que para el desarrollo de su vida requieren ayuda. Estas son personas limitadas, física o intelectualmente: los inválidos, locos, retrasados, enfermos crónicos

y los ignorantes; en general los que carecen de una condición física, mental y educacional compatible con las exigencias generadas por la vida en sociedad.

Cuando una persona en esa situación tiene alguien que lo socorra y lo ayude, el problema se aliviará considerablemente, pero los términos de esa ayuda no son una suma de dinero sino un servicio personal desinteresado.

En Sudamérica gran parte de la "inhabilidad" para vivir en sociedad, proviene de la ignorancia. Hay una constante migración del sector rural al urbano y los campesinos —preparados para una agricultura simple y primitiva— se ven marginados por la tecnificación de la agricultura y buscan refugio en las ciudades donde las exigencias técnicas para el trabajo y la vida son aún mayores.

La solución está en una reeducación masiva de todo el sector rural y marginal de las ciudades para posibilitarle el acceso y la integración a una sociedad compleja y exigente.

Una simple distribución de dinero no resuelve nada. Los países europeos que afrontan crecientes grupos de población activa —unos por edad, otros por el automatismo industrial que deja cesantes a los trabajadores manuales— han iniciado en Francia, Holanda, España, así como en E.E.U.U., sistemas de subsidio por cesantía. Este subsidio permite comer y vivir sin trabajar. Pero como el dinero del subsidio proviene de la producción de quienes trabajan, el sistema equivale a que para una tasa de desempleo del 20%, como hay en España, cada trabajador está aportando indirectamente hasta un quinto de lo que legítimamente ha ganado con su trabajo, para mantener a los desempleados.

Puede que ésta sea una suerte de solidaridad, pero no lo es de Justicia si uno considera que el verdadero problema es reeducar a los desempleados, sólo mantenerlos con dinero es una solución transitoria e inestable.

Tan pronto el costo de los productos, gravados con un sobreprecio para pagar el desempleo, haya subido por encima del precio internacional, todo el sistema social se derrumba.

Nosotros —los de Sudamérica— debemos iniciar cuánto antes las acciones tendientes a reeducar a los desvalidos para incorporarlos en condiciones más favorables a la sociedad.

Los futuros profesionales del siglo XXI tendrán la responsabilidad de organizar un sistema económico que pague salarios de acuerdo a las necesi-

dades; un sistema social que permita y exija a los más capaces y mejor preparados asumir las tareas del servicio público y un sistema cultural en que todos participan de los valores y el bienestar espiritual. Para lograr esto es necesario una armonía muy especial que se explica en la tercera parte, que viene a continuación.

DE LA BELLEZA

La belleza es la armonía entre movimientos simultáneos. Por eso la vida humana ofrece una reserva inagotable de situaciones que pueden generar belleza.

El ser humano, a través de su creatividad, produce obras, ya sean objetos materiales o expresiones abstractas, en los cuales la belleza queda retratada.

No basta copiar la naturaleza, pues los movimientos naturales son instintivos y no provienen ni de una voluntad ni de una intención ni de un sentimiento.

La naturaleza misma sirve sólo como tema para representar la belleza dinámica del ser humano.

El color, el volumen, la textura, el sonido, el timbre y el ritmo pueden extraerse de la naturaleza; pero sólo la mano artística del hombre puede seleccionar, combinar y construir esos elementos, en una obra que contenga belleza.

El arte es una manifestación de Belleza, como lo es también el pensamiento puro, tal como se nos ofrece en la Filosofía y en las Matemáticas.

La asombrosa técnica del siglo xx permite realizar operaciones que han impactado el arte y que obligan a pensar en nuevas formas de expresar lo bello.

La reproducción de imágenes por la fotografía, cine y televisión —más aún realizadas a distancia— ha alejado al hombre de la observación directa del movimiento natural, proporcionando nuevas formas de color, volumen y textura, que ya no están inspirados en lo natural.

Al mismo tiempo la grabación, reproducción y difusión del sonido

—también a distancia— abren al hombre un mundo sonoro que antes le sería imposible llegar a conocer, y que proporciona nuevas experiencias de sonido, timbre y ritmo.

Todo esto ha ido aparejado al desarrollo de nuevos materiales no naturales, producto de la síntesis química que reemplaza los materiales que el arte, antes, extraía de la naturaleza para su uso. Los colores usados por los artistas son productos fabricados, ya no tierras de color mezcladas con clara de huevo y suspendidas en aceites vegetales. Los materiales para los escultores ofrecen ya mucho más variedad que la piedra y el mármol; al igual que hemos presenciado una verdadera revolución en la técnica de fabricación de instrumentos musicales; los plásticos reemplazan a la madera, el marfil y el ébano; las fibras sintéticas al fieltro de lana y a las membranas animales.

Aparecen medios absolutamente nuevos para sintetizar el sonido, lo que plantea un nuevo desafío a los músicos.

Y como si todo esto fuera poco, se agrega en este final de siglo el uso de computadores para la tarea de selección y combinación de los elementos, con aplicaciones aún insospechadas para la plástica y la música.

El panorama es en verdad desconcertante. El automatismo y la electrónica han reemplazado con ventajas al trabajo manual del hombre ¿será que los computadores también reemplazarán a los artistas?

Nosotros —los de Sudamérica—, entretanto, enfrentamos una naturaleza enorme, sobrecogedora en su majestuosidad y dimensión, una naturaleza cuya observación nunca se agota, pues no tenemos capacidad para abordarla íntegramente.

Todos los medios artificiales para producir arte, nos vienen de fuera, no sabemos exactamente cómo funcionan ni cómo fabricarlos nosotros mismos.

El desafío del nuevo siglo será incorporar estos elementos a nuestra vida, pero sin olvidar aquello que es nuestra vida. Debemos esforzarnos por llegar a comprender mejor nuestra naturaleza y también a operar con ventaja las nuevas técnicas.

Entre las artes se puede encontrar la proyección de casi todos los problemas que aquejan nuestro subconsciente y que son la manifestación del sentir cultural colectivo.

En la plástica colocamos nuestra experiencia de ocupar el espacio o la proporción visual, la línea, un elemento imaginario; la luz, como determinante del color y del volumen.

En la música expresamos nuestra experiencia de estar vivos, nuestra condición de desenvolver la existencia. Cada obra de música es una síntesis de la vida que nace, crece, culmina y muere. La medida en que nos identificamos con la composición depende de la experiencia de existir, por eso una obra musical nunca nos parece igual aunque la escuchemos varias veces. La música es la misma, somos los auditores los que cambiamos.

La condición no natural de la música, cuyos sonidos son inventos del hombre y cuya forma y estructura son también invento del hombre, si bien el ritmo y las relaciones acústicas son sugeridas por la naturaleza, hace que la música sea una verdadera expresión existencial que la acerca a la filosofía en una forma más pura, y a las matemáticas en la proporción geométrica de su estructura.

El testimonio de lo que será el siglo XXI vendrá, con más fuerza que ninguna otra expresión, de la música.

Pensemos ahora en lo que nos ha legado el pasado.

La música austríaca del siglo XVIII es un testimonio hermoso y duradero —aún hoy— cuando poco nos interesan las máquinas y herramientas de la misma época.

La música aborigen, de pueblos con escaso desarrollo técnico, nos dice mucho más del alma de ese pueblo primitivo que cualquier explicación antropológica.

La nacionalidad de un país es tan fuerte como la identidad con su música, y así podemos hablar de música “española”, “húngara”, “norteamericana”, “china”, etc., con plena comprensión de las características nacionales que encierran.

Será la tarea de los músicos que se forman en esta Universidad, representar la experiencia de vivir el siglo XXI, nadie ni nada podrá reemplazarlos en la noble e importante tarea de transmitir Belleza.

La Belleza de una nueva condición de vida y tecnología, la armonía entre el movimiento cambiante del progreso y los ciclos instintivos de la naturaleza.

¡Cuidado! la música debe conservar todo lo hermoso de su pasado, pero a la vez debe sentir y utilizar todos los medios nuevos que se le ofrecen.

Creo que he cerrado así el circuito de VIDA, JUSTICIA, BELLEZA.

La *Vida* ofrece muchas alternativas que es necesario discernir con *Justicia* y expresar con *Belleza*: La justicia basada en cumplir nuestros deberes, y la belleza de hacerlo con sinceridad.

Una vida sin armonía es una vida sin proyección hacia el futuro. Es por eso que parece que la Belleza es el mecanismo para ordenar la sociedad y por ello nosotros —los de Sudamérica— sólo entendemos la Belleza como expresión del Bien. En nuestra Cultura, ÉTICA y ESTÉTICA se expresan juntos, como testimonio de algo que no quisiera que suene presuntuoso, más bien lo ofrezco como algo en que pensar y sobre lo cual actuar en el siglo próximo. Sudamérica es el continente de la esperanza —ante un viejo mundo ya acabado— porque tenemos una condición superior de espiritualidad, que será lo único que podrá elevar la calidad de vida en el siglo XXI por encima del materialismo ciego del siglo XX.